

Una cita con la Historia: EMILIANO BARRAL LÓPEZ (Sepúlveda 1896 – Madrid 1936)

Barral, escultor de rebeldías

«Hay que destruir los viejos moldes y marchar con el siglo». Son palabras del joven Barral sacadas de una información publicada en 'El Adelantado' a finales de 1918, quizá la primera que habla de sus dotes como escultor. Emiliano es entonces una joven promesa de apenas veinticuatro años que dice cosas poco convencionales y de tintes revolucionarios; pero la frase encierra un ideal de vida y de obra que el escultor mantuvo hasta el final de sus días, consecuente con unos principios firmes que siempre le movieron a luchar contra los cánones establecidos.

Apenas año y medio después del estreno periodístico de Barral, en otro artículo publicado en enero de 1920 en 'La Tierra de Segovia', Juan Francisco de Cáceres apunta que el artista en ciernes es un «verdadero escultor» que está «frente al academicismo, molde común donde se funden todas las cosas lamidas y amaneradas - baratijas y bagatelas del arte- donde se refugian todos los artistas adocenados y sin personalidad». El comentario se refiere a las dotes artísticas del sepulvedano, pero también puede valer para definir su trayectoria vital. Barral fue, como dijo su amigo y paisano Antonio Linage Revilla, un «sembrador de rebeldías».

A Juan Manuel Santamaría debemos la rehabilitación del nombre y la obra de Barral, sumidos en el olvido durante el franquismo. Su libro 'Emiliano Barral', publicado en 1986, y la exposición de obras del escultor que el propio Santamaría organizó junto a la Caja de Ahorros de Segovia en el verano de 1985, sirvieron para rescatar la memoria de uno de los artistas más notables del primer tercio del siglo XX español, «escultor de grandes facultades, preocupado por el estudio de los problemas técnicos y formales y comprometido con el movimiento de renovación de la escultura española contemporánea», en palabras del propio Santamaría.

El bohemio

Cuando la prensa empezó a hablar de él, Barral ya tenía a sus espaldas vivencias poco comunes en un joven de su edad. Nacido en la Sepúlveda de 1896 en el seno de una familia de canteros y de siete hermanos, a los 14 años huyó de la casa paterna junto a un anarquista portugués llamado Couceiro que por aquel entonces trabajaba en la villa. Querían hacer la revolución social, como el propio Barral reconoció después en varias entrevistas: «Para empezar, pensábamos organizar una huelga en las minas de Riotinto. Pero en Ayamonte nos detuvieron y nos llevaron a la cárcel de Huelva». Reclamado por su padre, no tardó en regresar a Sepúlveda. Linage, en sus memorias, recrea el momento del regreso del hijo pródigo: «Un vacuo charlatán le dijo al padre: 'si Emiliano fuera hijo mío, lo mataba'. Isidro (el padre de Emiliano) lo oye y contesta rápidamente, seco, despectivo: si fuera hijo tuyo, yo tampoco tendría inconveniente en hacerlo».

No tardó el inquieto anarquista en organizar una segunda escapada, esta vez con destino a París pasando antes por Valencia, Barcelona y Lyon, donde fue detenido porque viajaba indocumentado y sin billete. En París Emiliano saboreó la bohemia después de haber trabajado como obrero cantero, empleo que le proporcionó el consulado español. «Y yo -dirá Barral- que quería ser artista a todo trance, pues deserté del taller () Hice lo que los otros (sus amigos bohemios). Me dejé crecer el pelo, me puse un sombrero grande, me até al cuello una chalina grasienta y empecé a gritar por los cafés que Rodin era un idiota y a no pagar a los camareros. A los ocho o seis meses de hacer esta vida tenía una anemia terrible (), me asusté () y otra vez me refugié en Sepúlveda».

Aún le quedaba al discolo Emiliano pasar por el aro del servicio militar, trámite que cumplió en Madrid en torno a 1917, con 21 años, y que le sirvió para apuntalar su futuro, pues en la 'mili' conoció al escultor granadino José Cristóbal, con quien tuvo oportunidad de trabajar. De ahí partió su fulgurante carrera, esculpida a base de esfuerzo y tesón: «Barral es un artista que tiene personalidad y conscientemente dirige sus pasos hacia un ideal.() Es más que una realidad, una realidad posible» (J. F. de Cáceres, 'La Tierra de Segovia', 4 de enero de 1920).

En el taller de Arranz

La actividad de Barral en el arranque de la tercera década del siglo es febril. De este periodo inicial son los bustos de los impulsores de un movimiento artístico, cultural e intelectual dinamizador de la vida de una ciudad, Segovia, que languidecía envuelta en los despojos de glorias pasadas: Ignacio Carral, Julián María Otero, Eugenio de la Torre, Rosendo Ruiz, Blas Zambrano, Antonio Machado, Mariano Grau o José Tudela, todos asiduos a las tertulias que se organizaban en el taller del ceramista Fernando Arranz, con cuya hermana, Elvira, acabó casándose el escultor sepulvedano; todos comprometidos con la aniquilación de los viejos moldes, todos contrarios, por razones estéticas, a la colocación del monumento a Juan Bravo en la plaza de las Sirenas, acto que acabó consumándose en 1922.

Las reuniones se celebraban después de comer en torno a un café y a una buena conversación, casi siempre sobre arte o literatura. Fueron -estos primeros veinte- años de proyectos, inquietudes y anhelos, de exposiciones colectivas de artistas segovianos, de efervescencia cultural y periodística, de pujanza intelectual.

El año veinticuatro es clave en la trayectoria del escultor. El artista recibe el encargo de tallar en piedra el monumento a Daniel Zuloaga, fallecido años atrás, y participa en la Exposición Nacional de Bellas Artes, a la que envía una cabeza de Pablo Iglesias y el busto 'El arquitecto del Acueducto', inspirado en el rostro de Blas Zambrano. Después, la Diputación Provincial de Segovia le concede una beca para estudiar arquitectura en Italia, experiencia que le servirá para conocer el arte del Renacimiento.

El éxito

El 9 de diciembre de 1925 falleció en Madrid Pablo Iglesias, padre del socialismo español. Barral ya había esculpido varias versiones de la cabeza del 'abuelo' porque, sin duda, fue uno de sus modelos preferidos. Estando el socialista de cuerpo presente, Barral le tomó varios bocetos que le sirvieron para labrar una nueva perspectiva del viejo tipógrafo, esta vez yacente. Meses más tarde, el artista empezaba a trabajar en el mausoleo de Pablo Iglesias, terminado en 1930.

Instalado ya en Madrid, el nombre de Emiliano Barral despegó de manera definitiva, y los elogios hacia su obra fueron unánimes en la prensa nacional, sobre todo tras el éxito cosechado por la primera exposición individual que celebró en 1929 en el Museo Español de Arte Moderno, integrada por veintisiete obras. El busto 'Segoviana' se quedó en el museo, 'Zoé' fue adquirida por el Duque de Alba y una 'Maternidad' acabó en la clínica del doctor Vital Aza. Sostiene Juan Manuel Santamaría que esta exposición le abrió las puertas de la 'buena' sociedad madrileña, «llegándose a la paradoja de que el escultor revolucionario pasara a ser uno de los más solicitados por muchos miembros de la misma».

Por esta época debió celebrarse el homenaje que Linage, el histórico político republicano, organizó a Barral en su Sepúlveda natal, a pesar de las reticencias que las autoridades conservadoras mostraron en un principio. Lo dejó escrito el propio Linage antes de su muerte en 1939: «Emiliano pertenecía solo a las masas populares. Cuando su nombre era mimado por la gloria, a la hora del triunfo, no podía compartirle con quienes hicieron todo lo posible por que no le alcanzara». Más de un centenar de paisanos arrojaron a Barral aquel día. 'El Socialista' de Madrid alentó el acto.

La República

Con el advenimiento de la II República se abría ante los ojos de los jóvenes artistas renovadores una etapa esperanzadora. Apenas dos semanas después del cambio de régimen, la firma de Barral aparece en un manifiesto de la Agrupación Gremial de Artistas Plásticos que canaliza los anhelos de los creadores del momento, siempre comprometidos con la renovación: «Lucharemos contra todo lo que signifique arbitrariedad y daremos () un sentido amplio y renovador a la vida artística nacional, recabando los derechos que como clase nos corresponden, para garantizar el libre ejercicio de nuestra actividad». ('La Tierra', de Madrid, 29 de abril de 1931, recogido por Santamaría en 'Emiliano Barral', de 1986).

Amigo de Antonio Machado y de Federico García Lorca, el sepulvedano participó de la riquísima vida artística y cultural del Madrid republicano. A Linage, pero más concretamente a Barral, se debe la visita que La Barraca, el grupo de teatro universitario que fundara Lorca, realizó a Sepúlveda en el verano de 1932. De estos años apasionados son el monumento a Núñez de Arce en Valladolid y los dedicados al abogado Lope de la Calle y al doctor García Tapia, en Segovia y Riaza, respectivamente.

Pero quizá su trabajo más esperado fue el otro Monumento a Pablo Iglesias, inaugurado en el Parque del Oeste de Madrid el 3 de mayo de 1936. Proyectado por el arquitecto Santiago Esteban de la Mora, el pintor Luis Quintanilla y el propio Emiliano, su elaboración duró tres años. Barral se entregó a la tarea en cuerpo y alma, quizá espoleado por la coincidencia ideológica con el personaje esculpido.

El mismo día 3 de mayo de 1936, el 'Heraldo Segoviano' -semanario progresista dirigido por Carlos Martín- califica la obra de «verdadero poema de masa, forma y color». «En él -continúa la crónica- figuran una soberbia cabeza del 'abuelo' y un grupo alegórico de las juventudes, obras ambas de Barral. La cabeza de Pablo Iglesias es algo definitivo. Barral ha acogido y estudiado tan cariñosamente la figura del apóstol, ha llegado a asimilarse de tal modo su personalidad, que ha plasmado el espíritu del Maestro () La alegoría de la juventud es toda dinamicidad, valentía y potencia. Tres adolescentes levantan sus nervudos brazos con gesto viril de rebeldía santa, germinada en la fructífera siembra del abuelo () El triunfo de Barral nos enorgullece como amantes del arte, como admiradores de quien dedica su esfuerzo a una causa noble -la justicia social- y como segovianos fervientes».

Últimos días

La guerra estaba a la vuelta de la esquina. El rebelde no se quedó quieto y pronto se vio convertido en comisario político de las Milicias Segovianas, fundadas por un grupo de paisanos residentes en Madrid, entre ellos Emiliano y sus hermanos, también escultores, y el músico Agapito Marazuela, que decidieron empuñar las armas en defensa de la democracia tras el golpe de Estado de Franco. Los milicianos segovianos se batieron el cobre en las trincheras de la Universitaria y de la Casa de Campo durante el primer asedio a Madrid, pero el día 21 de noviembre de 1936, en el frente de Usera, un obús estalló junto a Emiliano, y un trozo de metralla le hirió de muerte.

«Ha muerto Barral. La metralla criminal le ha asesinado () Asisto al entierro. Gran luchador, viejo amigo, me recuerda Sepúlveda. Viejas luchas y estampas llenas de tesón y rebeldía. La gente llena los alrededores del Cuartel de las Milicias Segovianas. Una banda de música toca el 'Ocaso de los dioses' () En el Cementerio Civil del Este, allí donde quedaron algunas de sus mejores obras: mausoleos de Pablo Iglesias, Gutiérrez Cano y Jaime Vera, dábamos sepultura a este gran artista. El viento cerrado de aquella tarde novembrina le cortó un grito de protesta, prometedor de justicia. ¿Vivan los mártires de la libertad! Te vengaremos». ('Mi amigo y yo. Confidencias', Antonio Linage Revilla, 1936-1938).

El busto que le hizo Barral

Aunque Emiliano Barral era nueve años mayor que él, Antonio Linage siempre congenió con el escultor nacido en Sepúlveda, autor del busto de Machado o del Monumento a Pablo Iglesias. Barral, próximo al anarquismo, no dudó en esculpir la efigie del político y le hizo un busto con dos originales, uno en bronce que regaló al retratado y otro en piedra que se quedó él, y que con otras muchas obras suyas estuvo en el Pabellón de España de la Exposición Universal de París de 1937, la misma para la que había sido encargado el 'Guernica' de Picasso. Promotor de las Milicias Segovianas que gritaban el 'no pasarán', Emiliano Barral murió en el frente madrileño de Usera en noviembre de 1936. Su amigo asistió al entierro en el cementerio civil del este: «¿Vivan los mártires de la libertad! Te vengaremos», escribió.

La amistad con Antonio Machado

Aunque la diferencia de edad entre ellos era de 19 años, Barral y Machado sintonizaron desde que se conocieron. El poeta llegó a Segovia tal día como hoy, el 26 de noviembre de 1919, para incorporarse a la cátedra de Francés del instituto. Un año después Barral le esculpió un busto, y Machado le correspondió con unos versos.

Gibson, en su última obra 'Ligero de equipaje' (2006) sobre la vida de Machado, cuenta que la muerte de Barral causó hondo pesar en el autor de 'Soledades', que escribió: «Cayó Emiliano Barral, capitán de las milicias de Segovia, a las puertas de Madrid, defendiendo a su patria contra un ejército de traidores, de mercenarios y de extranjeros. Era tan buen escultor que hasta su muerte nos dejó esculpida en un gesto inmortal».